MATERIALES COMPLEMENTARIOS

II Trimestre de 2009
"Caminar la vida cristiana"

Lección 8 – El reposo
(23 de Mayo de 2009)

Hallando paz:
El cuarto mandamiento

Loron Wade

Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo día es día de reposo para el Señor tu Dios; no harás en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que está contigo. Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó (Éxodo 20:8-11).

No sé cuántas veces hice la travesía en lancha para llegar al puerto de Livingston en la costa noreste de Guatemala, pero fueron muchas. Sin embargo, hubo un viaje que jamás olvidaré.

Eran las cinco de la tarde cuando llegamos al muelle para partir; ya estaba oscureciendo y de las densas nubes caía una persistente lluvia. Así que, en vez de ocupar las bancas de la cubierta para disfrutar las brisas tropicales, todos los pasajeros buscamos cobertizo, atestando el corto

espacio de la cabina. Apenas zarpamos, dejando atrás la protección del rompeolas, no» azotó la tormenta.

Ráfagas de viento y lluvia arremetían contra las ventanas con una furia que amenazaba romperlas. Yo con una mano me aferraba del mamparo para no caer, y con la otra sostenía mi cabeza, anhelando, de alguna manera, aplacar las fuertes náuseas que acompañaban cada bandazo de la embarcación. El ruido del viento hacía imposible cualquier conversación, pero de cuando en cuando se oían gemidos e imprecaciones. En otras ocasiones, distantes puntos de luz que parpadeaban en las chozas de la costa marcaban nuestro avance, pero esta vez no se podía ver ni la proa de la lancha.

En condiciones normales el viaje duraba unos 90 minutos; ahora parecía eterno. Yo ya empezaba a creer que el capitán había perdido el rumbo y que estábamos saliendo a mar abierto, cuando, sorpresivamente, sobrevino una maravillosa calma. En vez de bambolearse de un lado a otro, la lancha empezó a moverse tranquilamente sobre el agua y adelante ya divisábamos, a través de la lluvia, las luces de nuestro destino.

¿Qué había producido esta maravillosa transformación? Habíamos entrado en el puerto. En realidad, el viento no se había aplacado. Allá, en mar abierto, las olas se alzaban tan bravas y peligrosas como antes, pero ya no nos asustaban, porque habíamos alcanzado el albergue y estábamos seguros.

La Biblia dice que en el principio la tierra entera estaba envuelta por una tormenta muchísimo peor que la que experimentamos esa noche. En medio de impenetrable oscuridad, agua, aire, rocas y tierra se retorcían y revolvían en un violento y caótico remolino primordial (Génesis 1:1, 2).

Entonces, habló Dios, y las tinieblas huyeron. Volvió a hablar y existió la atmósfera, aparecieron los continentes, se alzaron las cordilleras y el océano quedó confinado dentro de sus límites. En cada detalle la creación fue un movimiento del desorden hacia el orden, del torbellino hacia la calma.

¡Qué interesante es leer en el registro sagrado la reacción de Dios ante estos eventos! Dice que al final del tercer día "vio Dios que era bueno" (versículo 10). ¿Por qué diría esto por primera vez precisamente en el tercer día? Quizá lo dijo porque ya existían cuatro cosas: luz, aire,

agua y tierra. Éstos eran los elementos esenciales para sostener la vida de las plantas. Eran la perfecta provisión para el siguiente paso. Entonces, en ese mismo día; el áspero esqueleto de la tierra se vistió de verde. Aparecieron pastos, lianas, helechos y musgos. Majestuosos árboles alzaban sus brazos hacia el cielo. Pinos y flores perfumaban el aire.

Las plantas, a través de la fotosíntesis, sirven a la vida animal produciendo alimento y oxígeno. Así que la creación de las plantas era la provisión necesaria y completa para la siguiente etapa: la creación de los animales. Después, por segunda vez en un mismo día, el Señor vio lo que había hecho y dijo que "era bueno" (versículo 12).

En el quinto y sexto días Dios habló nuevamente, y el mar y los cielos se llenaron de criaturas que nadaban, volaban, caminaban y se arrastraban sobre la faz de la tierra. Y, una vez más, el Creador expresó su satisfacción por los resultados (versículo 25).

Entonces "dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Génesis 1:26, 27).

La creación de seres inteligentes para gobernar la tierra, fue oí último paso en la conquista del orden. Ahora, con infinito gozo, el Creador contempló su obra concluida, y esta vez no dijo simplemente que en bueno. Anunció que "era bueno en gran manera" (Génesis 1:31).

La ciencia nos asegura que la materia está hecha de electrones, protones y otras partículas, que, en realidad, son una forma de energía, pero energía que está organizada de una manera sumamente sofisticada y compleja. Estas partículas se combinan para formar los elementos que van desde el hidrógeno, que es el más sencillo, hasta los muy pesados y radiactivos como el uranio.

Los elementos se combinan entre sí formando moléculas, que también van desde las muy sencillas, como la sal común, hasta otras que son por demás complejas y que ocurren solamente en los organismos vivos, por lo que se llaman orgánicas. Una sola molécula de proteína puede tener millones de átomos. Y todo organismo vivo, desde los microbios hasta la ballena más grande, las tiene.

Así que, también en el nivel molecular la obra de la creación representa una marcha hacia el orden y la organización. Cada avance comprendido en el proceso implica miles y, en algunos casos, miles de millones de cambios en la materia prima.

Contrario a la naturaleza

Los físicos han sintetizado lo que ellos llaman las tres leyes de la termodinámica. La segunda de ellas declara que en los sistemas de la naturaleza hay una tendencia invariable hacia la desintegración, el desorden y la pérdida de energía. A esto llaman el principio de la entropía.

El proceso de la creación implica precisamente lo opuesto. A través de transformaciones bioquímicas y físicas increíblemente complejas, un planeta sumamente caótico y desordenado se convirtió en todo lo contrario. Cuando Dios dijo que "era bueno en gran manera", fue porque la tormenta había desaparecido, ya habían terminado el caos y el desorden primordial, y toda la tierra era una simbiosis perfectamente integrada y armoniosa. Cada elemento y cada detalle de la creación servía a los demás, y todos, a una, testificaban del amor e infinita sabiduría de Dios.

No es, de ninguna manera, una casualidad la relación de ideas que aparece en el texto:

(A) "Dios vio... que todo era bueno en gran manera" y, entonces,

(B) reposó.

Claro está que este "reposo" de Dios nada tiene que ver con el cansancio. Es el reposo que hay cuando el orden ha tomado el lugar del caos. Es la paz que sigue después de la tormenta. Vio Dios que "todo era bueno en gran manera", y entonces, él "reposó".

Una obra concluida

Aquí está el pasaje completo en el que aparece esta declaración. Observe especialmente los términos que he señalado:

"Y vio Dios todo lo que había hecho [1], y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y fue la mañana: el sexto día. Así fueron acabados [2] los cielos y la tierra y todas sus huestes. Y en el séptimo

día completó [3] Dios la obra que había hecho [4]; y reposó [5] en el día séptimo de toda la obra que había hecho [6]. Y bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó (6) de toda la obra que él había creado y hecho [7]" (Génesis 1:31-2:3).

Siete veces en este breve pasaje se destaca la idea de que la creación era una obra concluida. Esto significa que cuando Dios "reposó", cuando cesó y dejó de trabajar era porque la creación era una obra acabada en todos sus detalles. No quedaba algo pendiente, no hubo ninguna omisión ni olvido. No había una parte que no coordinara armoniosamente con las demás. "Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera".

Señal de una perfecta provisión

He aquí una ilustración que sirve para aclarar la importancia de esta idea. Tratemos de imaginar por un momento cómo sería el caso si Adán, apenas salido de la mano de Dios, hubiese saltado sobre sus pies y dicho:

—Señor, ¿no quieres que te ayude en algo?

Al oír esto, el Señor hubiera sonreído y dicho: —No, Adán, el trabajo ya quedó terminado.

—Pero debe de haber quedado algo. ¿No quieres que te ayude a pintar las alas de la mariposa?

—No, las alas de la mariposa ya tienen su color.

—Mmm, bueno... quizás pueda enseñarle a cantar al cenzontle.

—No, el cenzontle sabe cantar mucho mejor que lo que tú jamás podrías enseñarle.

—¿Qué tal si me pongo a verificar si el aire tiene suficiente oxígeno? Bien sabes que un poquito de más o de menos podría ser muy peligroso. Quizá yo puedo ayudarte a calibrarlo.

—No, eso también ya está calibrado.

—Pero, Señor, ¿qué quieres que haga? Debe de haber algo que yo pueda hacer.

—Sí hay.

—¿Qué es, Señor?

—Quiero que reposes.

—¡Que repose! Pero, Señor, yo no he hecho nada. ¿Cómo voy a descansar cuando no he trabajado?

—Eso es precisamente lo que debes entender. Quiero que confíes en mí, Adán. Debes creer que, en realidad, he hecho una provisión completa y perfecta para todas tus necesidades.

Y este es el significado del reposo en el séptimo día. Quizá si Dios nos hubiese creado a principios de la semana y nos hubiese solicitado alguna ayuda o, por lo menos, nuestra opinión de las cosas, podríamos tener un poquito de gloria. Pero no sucedió así. La observancia del sábado era, desde el principio, es ahora y siempre será una celebración de la obra de Dios y no de la nuestra. Como Adán, reposamos para señalar que aceptamos esa realidad, que confiamos en la perfecta provisión que Dios ha hecho por nuestro bienestar y felicidad. Significa que nos colocamos reposadamente en sus manos, confiando en su sabiduría, su plan y provisión para nuestras vidas.

Así que, en un sentido profundo y significativo, nuestra observancia del sábado es un acto de adoración, porque significa que aceptamos la posición de Dios como Creador y la nuestra de criaturas.

En toda religión falsa, e inclusive en las interpretaciones equivocadas del cristianismo, la adoración consiste en hacer algo. Pero en la religión verdadera, la que enseña la Biblia, se adora dejando de hacer, dejando a un lado nuestras luchas, nuestro propio esfuerzo y trabajo, y reposando con serena confianza en lo que Dios ha hecho por nosotros.

Dice el cuarto mandamiento: "El séptimo día es sábado". El nombre del día, la palabra "sábado", significa "reposo". El séptimo día es el reposo señalado por Dios mismo. Es el día en que nos invita a unirnos con él en su reposo, "en él no harás obra alguna".

Al reposar con él, declaramos al universo que el reposo sabático es señal de una relación con Dios que está fundamentada en la fe. O lo que es lo mismo, el sábado es señal de salvación por fe.

Pero nuestro reposo en el día sábado no solo simboliza esta relación; también la promueve, la profundiza y en sí forma parte de su realidad. Nuestro reposo en el séptimo día no solo declara que hallamos seguridad

y paz en el amor de Dios, sino que fomenta esa seguridad. Afirma y, a la vez, confirma la relación entre Dios y su creación.

Por esta razón, el sábado es complemento y garantía de los primeros tres mandamientos, los cuales nos ordenan adorar a Dios y concederle el primer lugar en nuestra vida.

Un mandamiento de misericordia

¿Cuántas personas viven hoy frustradas y abrumadas por sus responsabilidades y problemas? Corremos y nos afanamos, pero el tiempo no *alcanza,* nunca. Debemos ganarnos la vida, mantener el hogar, atender las relaciones y los compromisos, educar a los hijos, cuidar la salud, hacer compras, pagar las cuentas y realizar miles de tareas más. El problema es que somos finitos y la vida siempre, siempre exige más. El magnate Cecilio Rhodes lo dijo en su lecho de muerte: "¡Tanto que hacer! ¡Tan poco tiempo!" Incontables personas hoy hacen eco de su frustración.

Ante el interminable ajetreo, ante las exigencias de una vida que, como la boca del sepulcro, nunca grita: "¡Ya basta!", el Señor nos ofrece el apacible oasis del sábado. Hernando Wouk, dramaturgo y observador del séptimo día, escribió: "El sábado es un sorbo de agua fresca que aguarda al caminante al final de un viaje largo y fatigoso. Es como los brazos de una madre que se extienden para recibir a un niño cansado".

"Seis días trabajarás", dice el cuarto mandamiento. Este es el tiempo tuyo. Pero todo esto tiene un límite: es el sábado. En él debes descansar.

El cuarto mandamiento no dice: Trabajarás hasta que caigas agotado. Tampoco dice: Debes acabar todas tus tareas. Cuando todo es perfecto, cuando ya no hay nada que hacer, entonces puedes reposar. "Seis días", dice. En ellos trabaja, lucha, haz tu mejor esfuerzo. Pero a todo eso hay un límite: es el sábado; en él reposarás.

El sábado es una parábola de la vida, porque nos enseña que llegaremos al fin de nuestra existencia, y con nuestro último suspiro estaremos pensando todavía en más cosas que haríamos... si tan solo hubiera tiempo. Nos enseña a hacer lo que podemos en el tiempo disponible, y entonces descansar.

El que nos hizo sabe que, motivados tal vez por una ambición egoísta o bien por el sincero deseo de hacer lo mejor posible, podemos caer en la intemperancia y el exceso. Por esto, nos ha dado el cuarto precepto del decálogo como un mandamiento de misericordia. "Seis días trabajarás —dice—, pero no más. En el séptimo, reposarás".

El Señor Jesús dijo que el sábado fue hecho para el hombre (Marcos 2:27). Es un regalo preciosísimo dado para nuestro provecho y protección. Es el puerto que alcanzamos después de la tormenta, el oasis donde el fatigado viajero encuentra sosiego y repone sus fuerzas para seguir con las luchas de la vida.

E1 sábado y la cruz

—¿Así que Dios les ha dicho que no coman del fruto de ningún árbol del jardín?

Podría parecer una pregunta inocente la que lanzaba el intruso.

Y la mujer, incauta, no vaciló en contestar. Ella estaba dispuesta a defender el honor de Dios:

—No es cierto —dijo—. Podemos comer del fruto de cualquier árbol, menos del árbol que está en medio del jardín. Dios nos ha dicho que no debemos comer ni tocar el fruto de ese árbol, porque si lo hacemos moriremos.

—¡Claro que no morirán! —replicó el intruso con tono de desprecio—. Es que Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman del fruto de ese árbol podrán saber lo que es bueno y lo que es malo, y entonces serán como Dios (Génesis 3:1-5). Aquí hay algo que Dios quiere ocultarles. No quiere que lo sepan.

El sábado era un mensaje de fe: "Confíen en mí. Acepten que realmente he hecho una perfecta provisión". Pero el mensaje del enemigo es precisamente lo contrario: "No es cierto que Dios haya hecho una provisión perfecta. Falta algo. Deben apartarse de su plan y hacer las cosas por ustedes mismos".

Al aceptar sus insinuaciones, Adán y Eva se unieron con el enemigo en su actitud de desconfianza y desobediencia. Con esto se hizo necesaria una provisión adicional, un plan a través del cual los seres huma-

nos podían ser rescatados y traídos de vuelta a una relación de fe, confianza y obediencia.

Fue un viernes en el Edén cuando el Creador terminó su obra y reposó de su tarea perfectamente acabada de la creación. En otro viernes, el Señor Jesucristo acabó la obra de la redención y, al morir, exclamó: "Consumado es" (Juan 19:30).

Acto seguido, sus discípulos bajaron su cuerpo de la cruz y lo acostaron en el sepulcro. En ese momento el sol estaba por ocultarse y, dice la Escritura, "el sábado estaba a punto de empezar" (Lucas 23:54). Así, por segunda vez, el Salvador reposó de una obra consumada en el séptimo día.

Entonces, el sábado, creado para conmemorar la provisión de Dios para un mundo perfecto, llegó a tener un significado adicional. A partir de ese día, también simbolizaría su perfecta provisión para un mundo perdido en el pecado, su plan para redimirnos y para sanar y devolvernos a una relación de fe y confianza en él.

Este segundo significado del sábado fue anticipado mucho antes de la cruz» Cuando el Señor dio los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí, explicó la razón de la observancia del sábado haciendo alusión a la creación. Pero cuando Moisés repitió los Diez Mandamientos 40 años más tarde, los citó de una manera que claramente anticipaba la segunda razón para la observancia del sábado. Dijo: "Recuerda que también tú fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí desplegando gran poder. Por eso el Señor tu Dios te ordena guardar el sábado" (Deuteronomio 5:15).

Dios creó a los seres humanos para "señorear" sobre la tierra (Génesis 1:26, 27). La esclavitud es lo opuesto de esta condición. Dios no solo quería rescatar a su pueblo de una esclavitud literal; era su intención traerle de vuelta a una relación de confianza con él (Éxodo 19:4), y ponerle nuevamente en una posición real. Quería que fueran "reyes y sacerdotes" (versículos 5, 6; ver también 1 Pedro 2:9 y Deuteronomio 16:11, 12).

Así que el sábado, es una celebración no solo de la creación, sino también de nuestra liberación de la esclavitud. Y ese rescate es precisamente lo que significa la palabra "redención".

Ya notamos el significado del sábado como complemento y garantía de los primeros tres mandamientos. Como señal de nuestra redención de la esclavitud, el sábado llama nuestra atención a la necesidad de respetar a nuestro prójimo. Nos insta a recordar la roca de donde fuimos tallados, la cantera de donde fuimos excavados (Isaías 51:1). De esta manera, el cuarto mandamiento también imparte significado a los siguientes seis preceptos, los cuales hablan de nuestro deber para con otros seres humanos (véase Deuteronomio 16:11,12).

Karl Barth no exagera al decir que "el mandamiento del sábado ilumina todos los demás, y todas las formas de entenderlos. Por lo tanto, tiene que ocupar su lugar como la cabeza de todos".

Entremos en el reposo

No sé cómo será su caso, pero yo he pasado por algunos momentos cuando pareciera que la segunda ley de la termodinámica estaba funcionando también en mi vida, que el principio del desorden se quería imponer a toda costa. Hasta he llegado a pensar que una experiencia como la que pasé aquella noche en la travesía hacia Livingston iba a ser una realidad permanente en mi vida.

Sospecho que el apóstol Pablo, en algún momento, llegó a sentir algo parecido, porque confesó: "No hago el bien que deseo, sino que el mal que no quiero, eso practico... Porque en el hombre interior me deleito con la ley de Dios, pero veo otra ley en los miembros de mi cuerpo que hace guerra contra la ley de mi mente, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7:19-23).

Con una honestidad total, el gran apóstol se reconocía un ser humano completamente normal y que las tormentas espirituales eran una realidad en su vida. Es la realidad que vive todo aquel que ha comprendido la necesidad de cambiar y mejorar su vida, pero en seguida se encuentra en un combate brutal contra sus antiguos hábitos y pasiones.

Entonces, ¿qué diremos? ¿Estamos condenados a navegar siempre en medio de esa "tormenta"? No. Porque en el mismo pasaje el apóstol nos dice cómo encontrar el puerto: "¡Gracias a Dios por Jesucristo, por nuestro Señor! —exclama— (versículo 25). "Ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:1, 2).

Hay también otro pasaje que habla del sábado como símbolo de este reposo -espiritual que Dios ofrece a sus hijos: "Queda, por tanto, un reposo sagrado para el pueblo de Dios. Pues el que ha entrado a su reposo [el reposo que ofrece Dios], él mismo ha reposado de sus obras, como Dios reposó de las suyas" (Hebreos 4:9, 10).

Adán aceptó que Dios realmente había hecho una perfecta provisión para él en la obra acabada de la creación. Señaló esta aceptación al reposar en el séptimo día. Los cristianos hoy nos unimos con él al celebrar la bondad y la amorosa provisión de Dios en la Creación. Al apartarnos de la interminable presión de nuestras actividades habituales, y salimos del trajín durante las horas del sábado, estamos reconociendo que el mundo no gira alrededor de nosotros, que el sol no se levanta en la mañana y las flores no exhalan su perfume bajo nuestras órdenes, y que la creación puede subsistir perfectamente sin nuestra ayuda. Nuestro reposo físico en el día sábado es una celebración de la maravillosa provisión de Dios para nosotros en el mundo físico, como lo ha sido para el pueblo de Dios desde el principio.

Y nuestra fe en Jesús añade una nueva y hermosa dimensión a todo esto. Tal como dice el pasaje de Hebreos 4, el reposo sabático ahora significa que aceptamos que Cristo ha logrado nuestra salvación en la cruz del Calvario.

Gracias a esa obra terminada, el cristiano puede "reposar de sus obras", es decir, del frustrante e imposible esfuerzo por ganarse la salvación por medio de sus propias virtudes. Puede aceptar simplemente por fe que cuando Cristo dijo "consumado es" era cierto, y que él realmente había logrado la salvación para "todo aquel que en él cree" (Juan 3:16).

Esta relación de fe y confianza en Dios, que es simbolizada cuando reposamos en el séptimo día, es "la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento" (Filipenses 4:7). Es el reposo que disfrutan todos los que "están en Cristo Jesús".

Gracias a Dios por el mensaje del sábado. Significa que no tenemos que navegar siempre a la deriva en un mar de problemas y congojas. No tenemos que vivir siendo esclavos de nuestros impulsos y pasiones. Podemos entrar en el puerto y alcanzar el reposo que el Señor ofrece a cada ser humano.

Quizá usted está dudando en este momento, y preguntándose: ¿Qué debo hacer con todo esto? No dude más, sino con pasos alegres y confiados, entre en este precioso reposo. Escuche el consejo del apóstol: "Por tanto, temamos, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado" (Hebreos 4:1).

Extraído de:
Loron Wade
Los Diez Mandamientos
pp. 40-53



Compilación:
Rolando D. Chuquimia
Recursos Escuela Sabática ©